Golf **más allá de los 90**

Antonio Martín de Santiago-Concha es el federado con el tercer número de licencia más antiguo y, a sus 95 años, sigue jugando al golf

El golf es uno de los deportes más peculiares y especiales que existen, ya que muy pocos de ellos se pueden practicar a cierto nivel pasada una edad que, en otras disciplinas, significaría ya, simplemente, unos cuantos años después del retiro. Ahí está Miguel Ángel Jiménez, con los 50 cumplidos y manteniéndose como uno de los mejores del mundo.

Por si fuera poco, el hecho de que en una misma partida puedan coincidir varias generaciones de la misma familia hace del golf un deporte casi único. Una maravilla, pensarán aquellos que tienen la suerte de jugar con sus hijos y nietos. Es muy frecuente ver en los campos este tipo de partidas, pero no lo es tanto ver golfistas con las nueve décadas ya superadas disfrutando del juego.

Por eso, los ejemplos de Antonio Martín de Santiago-Concha y Enrique Brey son particularmente llamativos. Y agradables. Porque demuestran que se pueden cumplir años sin perder en ningún momento la ilusión.

Hay golfistas tremendamente competitivos, y hay otros que buscan en el golf una vertiente diferente, mucho más allá del resultado en sí. Estos últimos son los que valoran el hecho de ver a los amigos en el club y recorrer unos kilómetros por el campo por encima de dar un golpe más o uno menos. Son los que disfrutan del camino. En este grupo se encuentran Antonio y Enrique, dos ejemplos de cómo encarar el deporte y la vida.

Una historia de amor (al golf)

Más allá de su mujer, sus dos hijos, sus siete nietos y sus 15 biznietos, Antonio Martín encuentra en el golf una de las cosas que más alegrías le ha dado en esta vida. A sus 95 años todavía sigue tirando bolas de tarde en tarde, aunque ha ido renunciando a jugar al golf con asiduidad, como ha hecho desde que a los seis años su padre le llevase por primera vez a un campo de golf.

Con motivo de la concesión de la Medalla de Oro por parte de la Federación de Golf de Madrid, Antonio –número 3 en el orden de la RFEG de federados con la licencia más baja, en concreto la 236, la más antigua en vigor de la Comunidad de Madrid– rememora todo aquello que le ha dado el golf.

"Empecé a jugar en la Playa de Hendaya. Fue mi padre quien por primera vez puso un palo en mis manos, que yo cogía mal e intentaba dar a la bola como buenamente podía con las manos cambiadas, lo cual era imposible. Aunque desde el principio me gustó, no me lo tomé en serio hasta los 25 años, cuando ya estaba en la Escuela del Alto Estado Mayor y procuraba escaparme rápido por las tardes aunque sólo fuese para hacer cuatro hoyos. El golf es un deporte maravilloso que puedes practicar toda la vida y con quien quieras, para eso está el hándicap", indica.

Pasado los años, lo que más ha motivado a Antonio es la posibilidad de poder compartir unos hoyos y buenos momentos con amigos, los de siempre y los que ha ido haciendo en la casa club.

"Hace algunos años que un grupo de amigos fundamos la Asamblea GAGA (Golf, Alegría, Gastronomía y Amistad) con el fin de reunirnos a practicar nuestro deporte favorito y disfrutar de una buena comida. Siendo todos mayores y teniendo los achaques propios de la edad, y algunos estando viudos, debo reconocer que estas reuniones han significado para muchos volver a ver la vida de otra manera. Cuando te haces mayor es muy importante no encerrarte y renunciar a la vida, debes seguir manteniendo la ilusión por algo, y la nuestra es el golf", cuenta.

Además de jugar, en todos estos años Antonio, que exhibe en su currículo 47 años de carrera militar, ha tenido la posibilidad de ver de cerca a algunos de los jugadores más relevantes del mundo. "He conocido a muchos y muy buenos jugadores, como Marcelino Morcillo, los hermanos Ángel y Sebastián Miguel o mi profesor Carlos Celles, y he visto competir a Arnold Palmer, Gary Player y Jack Nicklaus cuando vinieron a España a disputar la Copa del Mundo.

Pero el que más me impresionaba de todos era Sam Snead, me encantaba verle jugar por su amplia variedad de golpes. También vi a Tiger Woods las dos veces que jugó en Valderrama y en muchas ocasiones a Severiano Ballesteros, que pegaba los golpes más difíciles con la mayor facilidad", comenta con interés Antonio.

Enrique Brey o cómo iniciarse con 64 años

El caso de Enrique Brey guarda similitudes y diferencias con el de Antonio. Por un lado, tienen en común la pasión por el golf y la visión lúdica del deporte. Por otro, en nada se asemejan sus comienzos. Enrique Brey es un golfista tremendamente singular por dos motivos: porque a sus 90 años recién cumplidos sigue jugando con elevada frecuencia al golf y porque se inició a los 64 años.







Natural de Valverde del Camino, en la provincia de Huelva, no tocó un palo hasta cumplidas seis décadas, cuando todavía ejercía sus labores profesionales en el campo de los seguros. El deporte había sido parte importante de su vida, pero nunca había pisado un campo de golf. Fue a través de un amigo suyo, ingeniero de caminos, como se produjo el primer contacto entre Enrique y el green. "¡Y mira que yo era de esos que me reía del golf!", recuerda.

Fue al campo de Bellavista para hacer de caddie a su amigo, y su vida dio un cambio. Sintió la llamada de los hierros, del olor a hierba recién cortada, del golf. Al día siguiente volvió al campo, pero no para hacer de caddie, sino para dar clases con un profesor, Miguel, que le enseñó las nociones más básicas.

Enrique tuvo que volver a Madrid por cuestiones laborables, pero pronto se buscó un profesor y comenzó a jugar en Jarama-RACE, que pasó a ser su campo rápidamente.

Seguramente no pensaba entonces que el golf le acompañaría durante tanto tiempo. "Fui dejando de jugar al tenis, que era el deporte que más practicaba, porque el desgaste era demasiado, pero encontré el golf, que ha sido una parte muy importante de mi vida en estos años", explica.

Cumpliendo hándicap... cuando se puede

Enrique Brey juega al golf un par de veces al día en los meses de verano. El resto del año le cuesta más porque se tiene que desplazar a unos 140 kilómetros de Azuaga, localidad pacense en la que reside. "Cuando voy a Sevilla a ver a mi hija intento jugar", pero es en verano cuando realmente puedo disfrutar del golf.

Cuando juega hace nueve hoyos, más que suficiente para disfrutar de la compañía de los amigos que ha hecho en Bellavista. "Es que allí lo paso muy bien, organizamos nuestras 'pool', cenamos después con las mujeres y el último día organizamos una entrega de premios. Es una gozada", explica Enrique, que admite que lo que más le gusta del golf es el hecho de pasar tiempo con los amigos.

"En mi familia soy el único golfista activo. He tenido primos a los que he enganchado en esto del golf, pero no siguen jugando. ¡Se puede decir que fui pionero en mi familia!", comenta Enrique con disimulado orgullo.

No le preocupa en absoluto su hándicap 36, lo que le trae por el camino de la amargura es no cumplir a veces. "Hay día que cumplo y días que no. Tengo especial dificultad con distancias de más de 120 metros. Ahí sufro porque no soy capaz de girar el cuerpo tanto como hacía antes, y tampoco puedo llevar los brazos tan atrás. Y claro, el swing se resiente bastante", comenta.

"Es curioso que cuando juego después de un mes sin tocar un palo lo hago bastante mejor que cuando juego días tras día... pero me da igual, al fin y al cabo lo que persigo en el golf es divertirme", cuenta un expresivo Enrique.

Admite que ver golf profesional por la televisión le puede llegar a aburrir, y que es jugar con amigos lo que le mantiene atado a este deporte. "Llegará el día en el que tenga que dejar de jugar, pero no quiero ni pensarlo. ¡El golf hace mucho por mí!", exclama con la misma ilusión que un veinteañero de hándicap 5. ✓

Nota: Si eres un golfista singular o conoces alguna historia reseñable, envíanos un email a rfegolf@rfegolf.es, asunto: Attn: Departamento Comunicación / Golfistas singulares